

EL PASAJERO



Ulises Cala (Pinar del Río, 1955). Dramaturgo y narrador. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Trabaja en la editorial Cauce de la UNEAC en Pinar del Río, donde edita la revista del mismo nombre. Ha obtenido premios en diferentes certámenes literarios, entre ellos: Premio Hermanos Loynaz 1993, Cuba (Teatro); Premio Pinos Nuevos 1995, Cuba (Teatro); Premio UNEAC 2002, Cuba (Novela); Textes en parole 2008, Guadalupe (Teatro); Premio Alcorta 2012, Cuba (Teatro); resultó finalista en el concurso Casa de América de Dramaturgia Innovadora 2005, España, con la pieza *La otra orilla*; Premio al mejor texto, Festival Internacional de Teatro de Pequeño Formato de Miami 2011 y 2013. Tiene publicados los siguientes libros: *Ciertas tristesísimas historias de amor* (teatro), Editorial Letras Cubanas, 1996. *Sombras y otras sombras* (teatro), Editorial Hermanos Loynaz, 1997. *El pasajero* (novela), Editora UNION, 2002. *Poemas del hijo pródigo* (poesía), Editorial Cauce, 2003. *El traje y otras Sombras* (teatro) Editorial Hermanos Loynaz, 2014. *La otra orilla* aparece en Teatro Americano Actual, Casa de América, Madrid, 2004 y en revista *Tablas* No 4/2005, Cuba. Figura en las antologías de narrativa: *Entre los poros y las estrellas*, Editora Abril, 2012 y *Por los extraños pueblos*, Editora UNION, 2012. Es autor de la antología *Hacer el cuento*, Editorial Cauce, 2013. Ha publicado cuentos, piezas teatrales y artículos críticos en diferentes revistas.

Ulises Cala
EL PASAJERO



De la presente edición, 2017

- © Ulises Cala Roger
- © Hypermedia Ediciones

Hypermedia Ediciones
Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid
Tel: +34 91 220 3472
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Hypermedia Servicios Editoriales S.L.
Diseño de colección y portada: Hypermedia S. E., S.L

ISBN: 978-1546762522

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Para Mary, su novela.

Para Ulises, siempre.

El conductor se detuvo frente a la puerta del vagón; no pensaba entrar, había hecho el recorrido habitual desde el primero al último sin mirar siquiera los asientos, solo al pasillo donde encontraba, de vez en cuando, colillas y papeles sucios que iba empujando con la punta del pie hacia debajo de los bancos. Entre sus obligaciones estaba hacer la limpieza, pero hacía mucho que no se tomaba en serio la tarea; el paso del tiempo dejaba sus huellas y la suciedad era solo una parte de la ruina general; además, siempre llegaba cansado. El ajetreo de los pasajeros subiendo y bajando lo enervaba; debía chequearlos constantemente, algunos eran expertos en viajar de polizón y él, entre la confusión de rostros, no podía distinguir quién había o no pagado. Esto duraba hasta el final, cuando por fin se detenían en C, el pequeño apeadero donde los esperaban unas mujeres desfachatadas que vendían dulce de naranja con queso de cabra y unos tazones de café recién hecho mientras echaban hacia delante sus escotes. Allí bajaban los últimos pasajeros, se hacía el cambio de máquina, y el regreso casi siempre lo hacía solo, mirando la oscuridad a través de la ventana sin cristal por donde entraba toda la frialdad de la noche. Era el tramo que más lo

agobiaba, quizá porque su chaqueta no fuera todo lo gruesa que debía o porque, ya liberado de las principales responsabilidades, no sabía qué hacer con aquella sensación de vacío dentro de su cabeza.

El pasillo del último coche estaba bastante limpio, solo unas pocas colillas y, casi al final, un paquete de cigarros vacío por el que no valía la pena llegar hasta allá. Se disponía a bajar cuando reparó, por casualidad, en la cabeza que sobresalía por encima de la hilera de asientos y una molesta frialdad, escapada de su estómago, le recorrió de golpe todo el cuerpo; por las piernas, los brazos, miles de agujas entraban y salían, mientras el vértigo lo hizo aferrarse al herrumbroso pasamano de la escalerilla. Hacía mucho no lo embargaba un miedo semejante, e intentó sobre ponerse apelando a todas sus fuerzas. ¿Quién era aquel pasajero? Estaba seguro que nadie le pidió un boleto hasta el final del viaje; eso casi nunca ocurría, y las pocas veces en que alguien, siempre conocido, acreditado, con la documentación en regla y hasta sabido de antemano, le reclamaba un pasaje hasta el pueblo; el proceso a seguir resultaba tan complicado que hubiera sido imposible olvidarlo. A dichos pasajeros había que colocarlos en el primer vagón, en unos asientos de respaldar alto que en un tiempo habían sido acolchados, luego llenar todo un formulario aclarando los motivos del viaje, el tiempo que permanecerían; y una vez llegado presentarlos al jefe de estación, el cual llenaba las últimas encuestas y daba la autorización correspondiente. Nadie había pedido aquel pasaje, nadie. ¿Cómo pudo este llegar hasta allí? Una nueva frialdad, salida ahora de su espalda, volvió a recorrerlo. Su principal responsabilidad, la cual le fue leída con toda solemnidad el día del nombramiento como conductor y que juró cumplir incluso

a riesgo de su propia vida, era no permitir las entradas y salidas ilegales; la infracción de esa norma le traería, no solo el despido inmediato, sino todo un enmarañado proceso de intrigas y acusaciones que nunca lograría resolver por más que jurara su inocencia. Cuando se detenían en C su deber era revisar concienzudamente todos los vagones, banco por banco, incluso hasta debajo de los coches donde algún malhechor podría refugiarse; pero la confianza que le daban los múltiples viajes sin que nada sucediera, la desidia, y aquellas alegres mujeres de C, algunas de las cuales se dejaban acariciar mientras brindaban su mercancía, la habían hecho olvidar las graves consecuencias que una falta a su deber podía traerle. Se golpeó fuerte con el puño la palma de la otra mano y caminó hasta el pasajero.

Era un hombre joven. Tenía la cabeza apoyada contra el respaldo de la silla contigua y de la comisura de sus labios se desprendía un fino hilo de saliva que goteaba sobre el hombro de la chaqueta oscura. Sobre las piernas una bolsa repleta, cuyas correas llevaba enredadas entre los brazos que caían flácidos a ambos lados del cuerpo como si temiera que alguien fuera a arrancársela. Cuando llegó hasta él lo golpeó dos veces en el hombro, entonces sintió una cierta humedad, retiró la mano y se frotó los dedos contra la costura del pantalón. No obtuvo respuesta, solo la placidez de un hermoso rostro ajeno a todo el conflicto que su presencia iba a desencadenar. Lo odió. Agarró uno de sus brazos y sacudió con fuerza. Entonces la cabeza, que hasta ese momento había estado recostada al respaldar del banco contiguo, cayó pesadamente hacia delante y junto con ella el resto del cuerpo que quedó atascado en el estrecho pasillo entre los asientos.

—Dios mío —balbuceó el conductor.

Ahora fue el terror. Clavado en el lugar, incapaz siquiera de extender la mano hasta el hombre ovillado frente a él, lo miraba sin ver. Así estuvo un tiempo que le pareció inmenso hasta que por fin, echó a correr hasta la puerta del coche. Allí se detuvo sin atreverse a bajar.

La estación era un largo inmueble de una sola planta pintado de gris. Una bombilla, suspendida sobre la gran puerta de entrada, echaba una luz mortecina y lúgubre sobre un viejo empleado que, apoyado en el escobillón, miraba hacia el final del edificio, donde, en la parte destinada a almacén, otra lámpara tan débil como aquella, mal iluminaba a unos hombres sin camisas que llevaban hasta allí las cajas que sacaban del vagón de carga.

El conductor se encontró perdido, otra vez perdido, como el personaje de aquella mala película que jamás lograría arrancarse de la cabeza; y era que en la vida nunca pasó lo que en las otras películas, las lindas, las que veía una y otra vez sin aburrirlas, en la última fila del cine, cuando era joven y despreocupado y toda belleza parecía cierta, y posible, y cercana, cuando entraba sin pagar confundándose entre el tropel de muchachos que trastornaban al portero. Habían sido los momentos más felices de su vida, acaso los únicos momentos felices, en los que dejaba su piel para entrar en la de los héroes de la pantalla, y ser el hombre pobre que alcanzaba la fama, el aventurero del cofre perdido o el vasallo que logra escaparse y de paso cargar con el amor de la más bonita. Pero aquella vez no había sido así; entró creyendo se trataba de una de las muchas películas en que el actor, lleno de músculos, aplastaba sin piedad a sus enemigos, y se encontró que la aventura

que le anunciaba el título era solo un espejismo; terminó molido por una soledad devastadora, por un mundo sórdido en el que no existía salvación posible. Y recordaría para siempre la escena final: un niño caminando por la paya desierta, un niño que era él, también solo, sin siquiera una playa. Salió de la función desencantado y triste; las calles le parecieron más oscuras que nunca, y el parque frente al cine, donde me sentaba a esperar a la muchachería, más feo que el mismísimo infierno. ¡Basura de película!, suerte que pude entrar gratis, por qué si no era como para pedir me devolvieran la entrada; no sé a quién se le ocurre poner cosas así, sin principio, ni medio, ni final: un paquetón. Y después camino a la casa, sin nada sabroso que recordar, ni un buen cuadro en la cama, ni unos muslos, ni la punta de unas tetas, nada. Y me entraron ganas de irme para casa de las putas, pero no tenía dinero, no ya para tirarme alguna, que la verdad nunca me la había tirado, ni siquiera para un trago. Se ponían tan pesados cuando uno entraba y no tomaba nada. «Que a este lugar se viene a consumir y no para andar como un mariposón detrás de las mujeres que tienen que ocuparse y usted lo único que hace es estorbar». Era la patrona que se encabritaba y daba golpes en el piso con su tacón y el dedo señalando a la puerta. «Así que andando, a joder a otra parte». Derecho hasta la casa pensando en el muchacho de la película que debió coger un barco e irse para otro lugar, tal vez encontraba una familia buena que lo recogía y la gente tiene plata y los hereda y se hace rico. Dentro de la casa había claridad, pero resulta que la tranca estaba pasada. Renegué de los mil diablos y no me quedó más remedio que tocar, tocar duro para que me oyeran. ¿Cómo no se dieron cuenta que yo to-

davía estaba fuera? Pensé en mi madre, cada vez más tonta, o mi hermana que andaba como una sonámbula por la casa y todo el mundo preguntándole qué le pasaba y ella que nada; pero yo sí sabía, la había visto escondida por el patio con un tipo; entonces salía a mear debajo de alguna mata para espantarlos: me veían y a correr, y ella toda sofocada. «¿No tienes otro lugar donde orinar?». Y yo. «Entra para la casa y deja de andar por fuera a esta hora». Esa noche se podía despertar mi padre y ponerse a dar gritos. Que si quién coño está tocando, que vayan a abrir de una vez y déjenme dormir. Y fue justo mi padre quien abrió la puerta. «Ahí tienes otro que bien baila». Mi madre sentada en el sillón, sin mecerse, sin decir nada, sin levantar los ojos del piso. «Un vago de siete suelas que ni trabaja ni hace por trabajar, es muy fácil vivir de parásito y que yo lo mantenga». Decía mi padre y daba patadas en el piso como mismo la dueña de las putas. «Pero se acabó, ¡se acabó!, mañana mismo les estoy consiguiendo un trabajo, me cansé de mantener vagos y putas en mi casa». Entonces veo que la refriega no es para mí solo. Después me entero que la cosa empezó por mi hermana, que la cogieron en el patio besuqueándose con el tipo, y mi hermana a dar gritos, y el tipo que vuela la cerca como una exhalación, ella sigue dando gritos y quiere irse de la casa, y hay que meterla para dentro a la fuerza y pasar la tranca, todas las trancas, después, empezar a darle bofetones y bofetones, correa y correa, hasta que se tranquiliza, con la boca llena de sangre, tranquila. Me fui a acostar sin decir nada, pensando en que trabajar es la cosa más complicada del mundo, en el dichoso muchacho de la película y en la puta de mi hermana que lo jodió todo. Me desperté como a la hora del al-

muerzo y estuve en la cama hasta que llamaron a almorzar, salí como un gato, pegándome a las paredes, porque tenía miedo de mi padre que ya estaba en la mesa con una cara más fea que la noche pasada. «Después de almuerzo te vas conmigo» dice «tendrás un trabajo, el más malo, el único que puede conseguirse a un fresco como tú, no te interesa nada, ya tendrás lo que te ganes, y que no me den una queja, porque te mato, ¡juro que te mato!» Mi madre seguía con los ojos en el piso, era como si no los hubiera levantado desde la noche; mi hermana no estaba, tenía la boca rota y todavía sangraba, pero ya no gritaba, no quería fugarse, no quería nada, seguro iban a quitar las trancas. El trabajo era limpiar el almacén de la estación: una escoba, un trapeador, un cubo, la pila de agua que estaba en los quintos infiernos, y la mala cara de los estibadores, cabrones, con un saco de harina abierto, embarrando el piso. Y el jefe del almacén. «A usted se le paga para que esto brille». Para lo que pagaban, coño, para lo que pagaban, y esos cabrones de los estibadores que lo ensuciaban todo por pura maldad, mirándome, cuchicheando. Antes nadie limpiaba, cuando estaba muy sucio llamaban al viejo que barría el andén. «Hecha un barrido aquí». Y el viejo contento, que al final le daban algún trago y hasta un poco de harina; porque los estibadores no barrían, ellos no. Barrer era oficio de vagos y lisiados; ellos eran fuertes, cargaban cajas y más cajas, tiraban desde lejos los sacos pesados que caían siempre en el lugar correcto. Y llega un tipo que nadie conoce a metérseles dentro, a verlo todo, a hacer un trabajo que no era necesario. «¿Quién es ese?, ¿para qué lo traen?». Ni el jefe del almacén estaba contento. «Usted tiene que limpiar todo el tiempo, ¡todo el tiempo!» Fue el jefe de

estación quien me puso aquí. El jefe de estación que es amigo de mi padre, y era un hombre gordo con los dientes manchados y un vozarrón ronco que parecía estuviera hablando desde el fondo de la tierra. Fuimos a verlo, yo con mis zapatos apretados, mirando el piso, igual que mi madre: «¿Ponértelo a trabajar aquí?». «No te estoy pidiendo nada especial, una cosa cualquiera, lo más malo que tengas». Y el gordo se atusaba el bigote medio negro, medio blanco. «¿Lo más malo que tenga?». «Sí, que aprenda a joderse, que sepa que las cosas no vienen del aire». Tenían que aguantarme quisieran o no, el jefe de estación en persona fue quien me puso, el jefe de los jefes, el jefe de todo; y por eso mismo no me querían, sospechaban. Poco a poco me di cuenta. Mientras pasaba la escoba mirando al piso los veía, ellos no veían que los veía, porque yo pasaba la escoba mirando al piso, pero los veía. Los veía como robaban. Sacaban las mercancías de las cajas y se las guardaban en la ropa, aquí, allá, debajo de los sacos. El jefe de almacén no veía nada, hacía que los espiaba, pero no veía nada, y se pasaba el día entre las montañas de bultos, gritándome: «Usted tiene que limpiar constantemente, vaya por agua y baldee aquí». Contra mí, siempre contra mí. Yo no decía nada, no chistaba, quería que me tuvieran confianza, que un día me dijeran. «Coge tú también, llévate algo». Pero no pasaba nada, conversaban entre ellos, solo entre ellos, para mí nada, nada, sospechas y sospechas. Y había muchas cosas en las cajas, muchas. Quizá hubiera podido cogerlas sin que se dieran cuenta, pero si me descubrían estaba frito, frito de verdad, se pondrían a gritar todos a la vez: «¡El limpiapisos robando, el limpiapisos robando!» Les tenía mala voluntad, hubiera querido patearlos a todos, pero

ellos eran fuertes, muy fuertes. No podía ni quejarme. ¿A quién me le iba a quejar? «Señor jefe de estación, me tratan como un perro, se roban cuanta cosa cae por allí y a mí me tratan como un perro». Y el jefe de estación me echaría el brazo por encima, como hizo cuando me llevaba la primera vez, y nos pararíamos igual en la puerta de entrada, y su vozarrón movería otra vez los sacos de harina: «Aquí hay unos cabrones que se están robando las cosas y por si fuera poco maltratando a este pobre infeliz». Y el jefe del almacén. «¿Eso se lo ha dicho ese cabrón vago que lo único que hace es crearme problemas aquí dentro?, es mentira, señor, respondo con mi honor». Y los otros: «Es mentira, mentira, todo es mentira de ese limpiapisos, es a él a quien vimos robando». Y el jefe de estación se atusaría el bigote, medio negro, medio blanco, y me miraría con los mismos ojos de mi padre. «Parece mentira». Y luego iría a dar las quejas. «Que no me den una queja, porque te mato, ¡te juro que te mato!» Y los estibadores me esperarían a la salida, y patadas, y golpes, y patadas, y me dejarían por muerto tirado en la calle con los huesos rotos. Les tenía miedo, a ellos, al jefe del almacén, al jefe de estación, a mi padre, a todo el mundo. Y ya había limpiado bien e iba a esconderme detrás de una hilera de bultos para ver si se olvidaban de mí, y allí estaba uno de ellos, con la caja abierta entre las piernas, sacando paquetes que se metía en los bolsillos. Lo sorprendí. Me miró con odio, con todo el odio que un tipo mira al que lo va a joder. Y me quedé parado como un imbécil, sin poder hablar, sin poder moverme, temblando. Luego me enderecé un poco. «No te preocupes, no voy a decir nada». Él seguía sin moverse, mirándome igual. «Piensan que soy un lengua larga, que voy a denunciarlos, pero están

equivocados». Por fin se levantó, tapó como pudo la caja y la volvió a poner en su lugar. Entonces vino para arriba de mí. «Si te vas de lengua te mato, ¡te juro que te mato!» Me echó para el lado de un manotazo y lo oí caminar detrás de mí. Seguía sin moverme. «No te tengo miedo, si no digo nada es porque soy un hombre y no una mierda». Y dejé de oír los pasos. Me estaba muriendo, casi podía con el temblor de las piernas. Esperé. «Más te vale» dice, luego se va.

Se amontona el tiempo y con él el tedio. Se fue volviendo cotidiano como otra hilera de bultos, poco a poco entraba en las conversaciones y hasta alguna vez le brindaron de sus botellas. La estación era el centro de la vida del pueblo, por allí pasaba todo cuanto entraba o salía, siendo el único punto de contacto con el exterior. El villorrio estaba rodeado de una extensa franja de bosques que se extendía después de los campos de cultivo, donde, según se contaba, pululaban alimañas de todo tipo y el enrevesado laberinto de los árboles hacía perder la orientación a los que se aventuraban en él, vagando para siempre entre la intrincada floresta si antes no morían mordidos por un animal. Se conocía de algunos que se lanzaron a la aventura, pero nunca se volvió a tener noticias de ellos y la suerte que corrieron era tema de incontables leyendas. A muy pocos les estaba permitido salir del pueblo, aunque no existía ninguna disposición en ese sentido. En realidad no había ninguna norma escrita y todo obedecía a una especie de *vox populi* que al pasar de los años se iba convirtiendo en ley, se consideraba una grave falta abandonar el pueblo, pues todo lo que existía fuera de él estaba marcado por la indignidad y la vileza. Los únicos autorizados a salir eran los empleados del tren y, muy de vez en

vez, algún común pueblerino por motivos de fuerza mayor, lo mismo sucedía a la llegada; de modo que la antigua costumbre de recibir el convoy aguardando noticias y rostros nuevos se convirtió en una rutina inútil y poco a poco fue abandonada. Las mercancías que debían ser despachadas en el tren comenzaban a llegar dos días antes de la partida, que ocurría una vez a la semana, los jueves, bien temprano en la mañana, cuando el sol era un brillo rojizo aún sin definirse en el horizonte; entonces la actividad se volvía febril, las carretas llenas de sacos que se amontonaban en el patio debían ser descargadas en el interior del almacén, para después, la noche antes de la partida, trasladarlas al vagón de carga. Nunca lograron, por más que protestaran los estibadores, que se les permitiera llevarlas directamente al tren. Este permanecía cerrado invariablemente hasta la noche del miércoles, cuando era abierto por el jefe del almacén, y una vez lleno, vuelto a cerrar por él mismo, colocándole los sellos de seguridad que eran chequeados otra vez a la hora de la salida. El resto del tiempo los días eran largos y aburridos. Las mercancías que llegaban en el tren se descargaban esa misma noche, pero salían con lentitud; parecía como si, una vez allí, nadie fuera a necesitarlas y algunas, después de años de espera, se iban cubriendo de un musgo verdinegro. Eran los días de los juegos de cartas y de las rápidas escaramuzas de los estibadores para, a solas o en pequeños grupos, hurtar las mercancías, cuidándose siempre de las inesperadas apariciones del jefe de almacén. El mozo de limpieza había terminado por ser uno más, aunque nunca logró ganarse el favor de su superior, que no perdía ocasión para descargar sobre él todo el peso de su autoridad; jugaba las cartas con

maestría, hacían coro alrededor suyo para escucharle la historia de la última película, y en más de una ocasión, velaron los pasos del jefe para que pudiera sacar algo de las cajas. Así y todo no estaba contento, una sensación de agobio lo embargaba cada mañana al franquear la puerta; lo esperaba el aburrido y molesto trabajo de siempre con el que nunca logró reconciliarse. El pesado escobillón lo fatigaba, la cubeta de agua, que a medida que la iba utilizando se tornaba sucia y pestilente, le revolvió el estómago, y por si fuera poco, los estibadores, ahora sus amigos, creyendo que con eso lograban espantarle el tedio, lo convidaban a unírseles en el descargue de bultos. Aceptaba por puro compromiso, para no contrariar la buena voluntad de los que, a pesar de todo, seguían mirándolo con recelo y hasta algo de temor; pero cada vez que un saco le caía en los hombros renegaba de su mísera suerte. Añoraba su antigua vida de holganza y no sabía qué hacer para reconquistarla. Cada día estaban más lejos los sueños que construyó a retazos de las mil películas que lo conmovieron; la suerte seguía siendo una caridad con que se premiaba a los otros, para él quedaba únicamente la alegría mezclada con nostalgia con que contemplaba la fortuna de sus héroes en el cine. No obstante continuaba soñando, ya no con princesas que le abrían las puertas de sus tesoros, ni con ser protagonista de una aventura extraordinaria, sino con un oficio sencillo que le permitiera abandonarse a la ociosidad y de paso procurarse dineros y mujeres hermosas: jefe del almacén. Andar de aquí para allá, dando órdenes, y a la hora del cierre, cuando los obreros se hubieran marchado, cargar sin temor con lo que necesitaba: poderoso, autoritario, respetado. Perdido entre un revoltijo de frustra-

ciones, seguía yendo al cine todas las noches y a veces, a la salida, entraba en el burdel donde ahora, más mal que bien, podía pagarse alguna mujer. La primera vez que entró con dinero suficiente, aunque nunca se había acostado con ninguna, y a pesar de un ligero cosquilleo en el estómago, no estaba asustado; las había manoseado en más de una oportunidad, y esto, unido a la simple teoría del acto, lo hacía sentirse listo. Solo lo inquietó la mirada hostil de la patrona que nada más entré vino para arriba de mí con su cara larga y enseñando el colmillo: «Aquí no se viene a pasar el tiempo». «Tengo plata». «Para un trago» «Para una mujer». Y me miraba como si le fuera a dar una apoplejía; tenía las tetas medio al aire y se las tocaba. «¿Para una mujer?». «Sí». Siguió mirándome y se reía. «Déjame verlo». Y me metí las manos en el bolsillo y se lo enseñé. «Míralos, vieja puta, tengo plata, estás mirando que tengo plata». «No es mucha», dijo y siguió riéndose. «Pero alcanza». «No para tirarte una muy buena, pero alcanza», y siguió riéndose, «lo que no puedes es tomarte ni un trago, la mujer y punto». «La mujer y punto». Y señaló para una que está recostada al mostrador. «¿Te gusta aquella?». Y la puta tenía el pelo de un rojo endemoniado y estaba algo gorda. «Sí». La patrona le hizo señas para que viniera. La boca y los ojos pintorreteados, toda la cara enchapada de colorete; por el cuello unos surcos que le bajaban hasta las tetas muy altas, muy grandes; los hombros, los brazos, embarrados de manchas, blancas, grises. «Ocúpate con este». La mujer sale caminado y yo detrás. Entramos en un cuarto estrecho: una camita y un foco rojo arriba. Con esa luz las manchas casi no se veían; las tetas tan altas, tan grandes cayeron como sacos que se vacían, la panza salía por delante,

por los lados, llena de rajaduras, como si alguien se la hubiera marcado con un lápiz o un cuchillo. Estaba algo gorda aquella mujer, los muslos, las nalgas, hechas de pelotas, pelotas y pelotas; pero era blanda, y se tiraba rápido en la cama y abría las piernas: «Dale papito». Y veía su cosa frente a mí, por primera vez una así, frente a mí, la veía, casi escondida entre los muslos, casi lampiña, casi roja por la luz. Me desabotoné rápido los pantalones, los calzoncillos, mi cosa salió como una flecha y le caí rápido encima, y no encontraba el hueco por donde entrar; arriba, abajo, arriba, abajo, y ella me lo cogió y lo puso donde era, y entré. Estaba caliente, caliente, me movía, me movía. Ella me apretaba las caderas; me movía, me movía. Un cosquilleo rico por todo el cuerpo. «Me vengo, me vengo». Entonces me dio unos manotazos en las nalgas: «Eres un bárbaro, papito, un bárbaro». Iba cada vez que tenía plata adonde estaba aquella mujer, no importaba que estuviera gorda, eso no se echaba a ver, me gusta que me diera nalgadas y me dijera; «Eres un bárbaro, papito, un bárbaro». Y me iba contento, y seguía contento hasta que volvía y ella me lo decía otra vez. Qué importa que fuera gorda, que importaban las tetas, que importaban los muslos, la panza. Eres un bárbaro, papito, un bárbaro. Y llegué y ella no estaba en la barra. «Se ocupó, que siempre hay alguno que anda corto». La patrona riéndose de medio lado con su colmillo negro. «Coge otra». Y me dio rabia, y hasta tuve ganas de preguntarle con quién estaba. «Sí, otra», digo. Y llamó a una putica flaca que tenía las teticas de chiva y la barriga pegada al espinazo, los muslos del gordo de los brazos de cualquier estibador, las nalguitas esmirriadas, tristes, como cosidas a la espalda. No se tiraba en la cama ni abría las

piernas; se sentó en el borde y esperaba por mí. Me senté al lado de ella con la cosa medio dura, medio blanda; ella la miraba, nada más. La tiré en la cama y no abrió las piernas. Le separé los muslos. Su cosa estaba llena de pelos, pelos negros; me gustó verla y mi cosa acabó de ponerse dura. Caí arriba de ella y enseguida le encuentro el hueco. Estaba medio estrecha, medio seca, pero caliente. Me movía, me movía. El mismo cosquilleo que con la otra, el mismo temblor, el mismo latigazo. «Me vengo, me vengo». También estuvo bien, también estuvo bien. Si llega a decirme: «Eres un bárbaro, papito, un bárbaro», hubiera sido perfecto. Era miércoles y llego cansado al almacén. Afuera había muchos carros de mercancías, más que cualquier otro miércoles, y los estibadores trabajaban rápido, y el jefe de un lado para el otro: «Pongan esto aquí, esto otro allá». Cerca de la puerta no quedaba más espacio y hay que poner la carga un poco más lejos, los estibadores vuelven a protestar por no poder llevarla directamente al vagón, y el jefe: «Pongan esta aquí, esa otra allá». Por fin terminaron y estaban cansados, renegando todavía por todo el trabajo que les espera a la noche, y el jefe seguía dando vueltas y miraba y miraba: «Es bastante, pero cabe todo». Volvía a caminar y a mirar, y a mirarme: «Usted, venga esta noche para que ayude». Y maldije mil veces; esa noche en el cine daban una de espadas «Esta noche», dije, como si no entendiera. «¡Sí, esta noche!» Los estibadores me miraban, no decían nada. La noche estaba calurosa y sudaba como un condenado. Es de bestias ese trabajo de cargar sacos, cada vez los encontraba más pesados, casi me reventaba; lo peor era subir la rampa hasta el vagón, parecía como si me estuviera halando para atrás, resoplaba, resoplaba, y subía a

duras penas. Me miraban y se reían, no decían nada pero se reían. Ya faltaba poco para terminar cuando lo vi, yo y él solos dentro del vagón y lo vi. Estaba subiendo la hilera de sacos, luego se metió en el espacio que hay entre el último y el techo y rodó hasta el fondo, se perdió. El trabajo seguía lo mismo, nadie se dio cuenta, nadie dijo nada, nadie preguntó. Ya no faltaba casi nada y el trabajo iba más rápido, y los gritos: «Estamos acabando, faltan ocho, faltan siete». El jefe en la puerta con la tablilla en la mano, anotando, tampoco se había dado cuenta. Y enseguida terminó la carga y cierran rápido la puerta del vagón, y todos recogen sus cosas y a salir. Nada. Me quedé entre los últimos para ver qué pasaba. Nada. El jefe cerró las puertas del almacén. Nada. Salimos a la calle. Iban hablando de cualquier cosa, no los miraba, no los oía pensando en el hombre metido dentro del vagón y me separé de ellos antes de llegar a mi calle. Volví atrás, con un poco de miedo, pero volví atrás. No había nadie; el almacén cerrado, la estación sin un alma, el tren parado enfrente, nada se movía, ni un ruido. Nada. Y por su mente pasan, fugaces, confusas, un mar de ideas que no es capaz de ordenar. Criado entre gentes simples, preocupadas solo por la diaria subsistencia, aceptaba cualquier disposición como algo irremediable. Su padre, un antiguo empleado de ferrocarriles, ya retirado, célebre por su honradez, se hizo famoso porque en una oportunidad, a riesgo de su vida, arrancó el cartel contra el alcalde que manos desconocidas habían colocado en la cima de una torre abandonada en el patio de la estación, donde una vez pensó instalarse la planta de radio, y que estaba a punto de derrumbarse. Muy al contrario de lo que se proclamó, no lo hizo por fidelidad al gobernante, sino

porque un tácito sentido del deber le dictó que era también su obligación cooperar con el orden y la tranquilidad del lugar en el que había trabajado tantos años. A pesar de que sus instrucciones raras veces fueron seguidas por el hijo, logró inculcarle que ir contra lo establecido era una lucha inútil y peligrosa en la que siempre saldría perdiendo, pues, quienes habían dictado las leyes tenían la fuerza para hacerlas cumplir y contra esto no había alternativa posible. El muchacho entonces se acostumbró a obedecer sin preguntar, dando por hecho que las disposiciones de los gobernantes emanaban de un principio casi divino. Los transgresores, de los que siempre le llegaron escasas noticias distorsionadas por la indiferencia de su familia, se le antojaban lunáticos o simplemente tontos que perdían los beneficios de la tranquilidad para correr tras un futuro incierto. Ahora, por primera vez cerca de uno, y sin lograr entender muy bien por qué, aquella osadía, en vez de repudio, le produjo una especie de fascinación. El hombre oculto dentro del vagón, que hasta hacía unas horas no era más que un simple estibador, se le mostraba engrandecido por la aventura. Quizá fuera uno de los elegidos que mañana contarían el final feliz de la extraordinaria película de sus vidas, y aunque igual corría el riesgo de los perdedores, esos que no se contentaron con poco y tuvieron menos, haberse dado la oportunidad bien valía la pena el peligro. Porque, ¿dónde estaba lo cierto? ¿Si detrás de las fronteras del pueblo era la náusea, por qué se arriesgaban algunos? ¿Qué mundos, que solo ellos conocían o sospechaban, irían a buscar? Mientras tanto él, con mil sueños inútiles, detenido para siempre en el mismo lugar, esperaba por nada. Envidió al hombre del vagón. Él no tenía el tem-

ple de arriesgarse en una aventura incierta, él solo aguardaba porque la suerte, como la lluvia, le cayera encima, y hasta ahora solo había alcanzado un lugar de basura entre la basura de un almacén. Una ola de amor propio lo recorrió; soñó durante un instante cómo, a fuerza de empeño, lograba salir del almacén y construirse con un futuro grandioso, un futuro donde nada de lo que ahora estaba a su alrededor lo tocara siquiera, donde fuera rico y pudiera, sin salir de su casa, ver todas las películas que se le antojaran; pero enseguida se sintió aplastado por la realidad: aquella ilusión jamás podría hacerse realidad en el pueblo, y él era un cobarde, un vago, un indolente que nunca tendría las agallas de aquel sencillo estibador, nunca; y la envidia que sintiera por el hombre escondido en el vagón se transformó en odio. Lo detestó porque, equivocado o no, era lo que él no sería nunca a pesar de haberlo deseado mucho. Se habría puesto a dar gritos para que vinieran a sacarlo de su escondite, pero enseguida lo asaltó el temor de una posible represalia; se imaginó perseguido por los familiares del hombre, apaleado sin compasión, estigmatizado para siempre. Estuvo a punto de llorar y solo logró calmarse cuando un atisbo de venganza se fue abriendo paso entre la maraña de sensaciones. Lo denunciaría, sí, pero no gritando a los cuatro vientos. Esa era la aventura para la que estaba predestinado y de ella debía sacar todos los beneficios posibles. Casi corría por las calles desiertas sin saber a dónde dirigirse; a ver al jefe del almacén, no, ese me tenía tanta tirria que era capaz de decirle a todo el mundo que fui yo quien lo chivateó, pero el jefe de estación era otra cosa, era amigo de mi padre y además jefe de todo, el grande. Se iba a poner contento cuando supiera que podía pescar a

uno; ese si me recompensaría bien, mi padre era su amigo y le estaba haciendo un gran favor. Partí derecho para su casa. Toqué fuerte en la puerta, parece que demasiado, y salió el mismísimo jefe en calzoncillos con cara de pocos amigos: «¿Qué pasa?». Yo sudando, con la voz en un temblor, y me puse a gaguear, y a no decir nada, y él se atusaba el bigote: «Despacio, habla despacio». Poco a poco se lo fui diciendo, y la cara le cambiaba, y empezó a decir que sí con la cabeza mientras se atusaba el bigote: «¿Y el jefe del almacén no vio nada, no se dio cuenta?». Y le digo que nada, que nadie, que solo yo. Se sonrió: «Que bien hiciste en venírmelo a decir, que bien». Y me daba palmaditas en el hombro: «Ahora vete para tu casa y descansa; sigue así, dime siempre todo lo malo que veas, ya te recompensaré bien». Y me sentí como un héroe, o casi. Esa fue la noche tremenda de mi vida; ya la mierda se había acabado, porque la mierda con mierda se espanta. Al otro día la estación estaba trastornada, el tren no había salido y los estibadores cuchicheaban: «Lo sacaron por el pelo del vagón y lo fueron arrastrando hasta el carro». «Dicen que le dieron patadas». «No, unos restrellones cuando le ponían las esposas, patadas no». «El jefe de estación estaba hecho una fiera». «Le gritaba al jefe del almacén todas las barbaridades que te puedas imaginar, mandó que lo metieran también en el carro». «De eso sí me alegro, hijo de puta». «Dicen que a nosotros también nos van a llamar». «Dicen que tuvo que haber un cómplice». «Uno por uno hasta que cantemos». «¿Cómo se dieron cuenta que estaba dentro?». Y ese día no trabajamos, no llamaron a nadie, no pasó nada. El tren salió por fin y nos pusimos a mirarlo hasta que se perdió, como si nunca lo hubiéramos visto

irse. Al otro día llegó un nuevo jefe de Almacén; un tipo con la cara llena de baches que hizo un discurso donde lo único que se entendió fueron las amenazas. Y pasó tiempo y tiempo, y nada, nada para mí. Los estibadores empezaron a robar otra vez, fueron sacando sus botellas y se daban los tragos largos de siempre, en las horas sin trabajo volvieron las cartas y no se habló más del tipo del vagón. Yo esperaba. Pensé irle con el chisme de los robos al jefe de estación, así me ganaba otro mérito y de paso le recordaría la promesa, pero si mandaba a poner vigilancia yo tampoco podría llevarme nada. Y pasan los días y los días, y eran meses. Y una mañana llego y el tren no había salido; todo el mundo parado en el borde del andén mirando los rieles, y también fui a mirar. Allí estaba el conductor, partido al medio, las tripas, rosadas, azules, medio verdes, regadas por el suelo, la sangre manchando los polines, las piedras, las ruedas del tren, y la mierda ligada con la sangre y con las tripas, y las moscas arriba de todo, el conductor con la boca abierta y las moscas también metidas allí adentro. Quise salir corriendo pero no se me movían las piernas, cerré los ojos, no quería ver, pero ya venía el vómito, y el mundo se me iba: «Agárrrenme, carajo, que le caigo arriba». Me llevaron hasta el banco del andén y entonces llegó el jefe de estación: «Venga a mi oficina». Me paré como pude y fui arrastrando las piernas, sin pensar en nada, el mundo dándome vueltas: «¿Todavía está enfermo?». «Un poco». «Enjuáguese la cara y dese un trago que ahora va a salir en el tren, será el nuevo conductor». De golpe se me quitó el mareo. Había fantaseado con la prometida recompensa, pero jamás imaginó que de la noche a la mañana quedara convertido en conductor. El oficio era

de los más estimados. Además de un buen salario, podría entrar y salir del pueblo sin restricciones, y aunque el convoy llegaba únicamente a C, conocer el universo detrás los bosques era todo un premio, eso sin contar todos los beneficios de aquellas salidas. Los demás lo mirarían con envidia: encerrados en aquel lugar donde el tiempo parecía quedarse colgado de los techos, a veces con un poco de miedo, otras mordidos por una nostalgia que les agrietaba la piel, soñaban con tierras abiertas a todos los asombros. Ya eran pocos los que creían que el mundo estaba mal detrás de los límites imaginarios del pueblo, y aún a aquellos, una angustia inexplicable se les metía en el cuerpo cada vez que miraban a la distancia. Había disfrutado de su oficio por mucho tiempo, con él mitigaba las miserias de un existir sin sentido, y aunque el tiempo y los golpes le habían hecho perder el sabor del primer encantamiento, ser el conductor del tren seguía siendo lo único realmente bueno de su vida. Ahora, aquel pasajero venía a poner en peligro su felicidad. ¿Cómo explicar que pudo llegar hasta allí sin reconocer que no cumplía con sus obligaciones? ¿Qué historia inventar dónde no se vieran los costurones de la mentira? Se supo perdido. Si por lo menos estuviera el antiguo jefe de estación, el amigo de su padre, podría esperar un poco de clemencia, pero hacía ya mucho de aquella mañana en que vinieran a buscarlo en el mismo carro donde una vez se llevaran al estibador oculto dentro del vagón y, como a aquel, no volvieran a regresarlo. Del sustituto, un hombre áspero y de pocas palabras, que le recordaba al jefe del almacén, no podía esperar la más pequeña indulgencia. Sin que pudiera explicar por qué, frente a él volvieron a desfilar las imágenes de aquella vieja película y vio de

nuevo al niño caminar sin rumbo por la playa desierta.

El viejo del escobillón escuchó pasos a su espalda y se volvió. El conductor avanzaba hacia él sin mirarlo. Tenía la vista fija más allá de la entrada, quizá en las oficinas de donde salía el monótono traqueteo de la transmisión telegráfica y no respondió a su saludo cuando atravesó la puerta.

El conductor no acostumbraba intimar con los que consideraba inferiores y mucho menos en ese momento en que la rabia y la impotencia lo nublaban. Se volvió un instante para mirar hacia la escalerilla por donde había descendido y luego continuó hacia dentro. Tampoco reparó en el telegrafista que, terminada la transmisión, recogía deprisa los papeles sobre la mesa. Siguió hasta el final del ancho pasillo y luego dobló a la izquierda para detenerse frente a una puerta de la que colgada un cartel de letras enormes: OFICINA CENTRAL. Dio un par de golpes secos con los nudillos y esperó. Desde dentro le respondió una voz áspera.

—Entre.

El jefe de estación estaba sentado detrás de un buró enorme. Era un hombre todavía joven, macizo, con el pelo negro y un amplio bigote que casi le tapaba los labios. En el rostro cobrizo unos ojos sin brillo acentuaban la dureza.

—¿Y bien? —dijo el jefe colocando las manos sobre el escritorio.

Al conductor lo ahogaba el aire opresivo de aquella oficina de paredes desnudas, donde, en algunos lugares la pintura gris se había ampollado adquiriendo un matiz todavía más lúgubre.

—Hay un hombre muerto en el tren —casi gritó, como si con las palabras salieran también los carbones encendidos que le quemaban dentro.

El jefe lo miró extrañado, todavía sin comprender.

—¿Un hombre? ¿Qué hombre?

—No sé, lo descubrí cuando llegamos, parece que está muerto.

Se produjo una pausa. El jefe de estación seguía con los ojos clavados en el subordinado que le sostenía la mirada a duras penas. Aquel hombre lo enervaba; alguna que otra vez venía hasta la oficina para traerle pequeñas delaciones que él escuchaba en silencio, tratando de descubrir qué se ocultaba detrás de aquellos arrebatos de conciencia cívica. Aunque trataba a todos con un respeto distante cargado de autoridad, extremaba su proceder con el conductor.

—Usted está nervioso. Haga el favor de calmarse y cuéntemelo todo.

—No tengo más que decirle. Llego y me encuentro con el tipo tirado ahí. Parece que está muerto.

Hubo otro silencio. El conductor no pudo soportar más los ojos escrutadores del jefe, clavados en los suyos, y bajó la mirada hasta las manos que tamborileaban sobre el escritorio.

—¿Pero es que no revisó los coches cuando salieron de C?

—Sí... claro que sí... pero no vi nada.

—¿Se volvió invisible mientras usted revisaba?

—No... quizá se escondió en los baños.

—¿Muerto?

—No... quise decir... antes... de morirse

—¿No buscó en los baños?

—Sí... también...

—¿Entonces?

No supo qué responder. Un animal furioso le estaba devorando las vísceras y guardó las manos en los bolsillos para disimular el temblor.

—Está nervioso, muy nervioso. Algo me oculta y es mejor que me lo diga de una vez.

—Nada... le juro que nada... se lo he dicho todo.

—¿Dónde fue que subió el hombre y para qué lugar le pidió el boleto?

Otro nuevo temblor, ahora incontenible.

—No sé... no me acuerdo... son muchos los que suben y bajan... no me puedo acordar de todos...

—¡Pero usted no sabe nada de nada! —exclamó dando un manotazo sobre el buró.

Al jefe de estación le divertía acorralarlo. Vio como un tinte rojizo se iba sobreponiendo a la palidez inicial, como apretaba los labios, y lo embargó el mismo placer de mucho tiempo atrás, cuando golpeará el rostro de un hombre que le era indeseable. No pensaba siquiera en el asunto del pasajero muerto que, a primera vista, parecía bastante embrollado, solo gozaba con aplastar a aquel infeliz el cual, por eso mismo, le era repulsivo. Siguió acorralándolo todavía un tiempo en aquel juego de preguntas repetidas una y otra vez hasta que el conductor, al borde de las lágrimas, se dejó caer sobre una de las sillas que estaban frente al buró.

—Pare... no me atormente más. —Las fuerzas que lo habían sostenido terminaron por abandonarlo, miró al otro como desde el fondo de un sueño, lejano, indiferente.

— No sé nada... no sé cuándo montó, ni cómo... lo único que sé es que está allí... muerto...

Al jefe le hubiera gustado escupirlo, pero se arrellanó en la silla y pensó en el caso que tenía delante. No estaba acostumbrado a situaciones como esa. Las horas discurrían tranquilas en aquella oficina entre la rutina de los trabajos y algún que otro incidente de poca monta que acostumbraba resolver sin dificultad, incidentes

que en nada perturbaban el buen funcionamiento de la estación. En cambio aquel hecho, cuya gravedad comprendió desde el primer momento, requería una decisión sabia que no dejara dudas de su capacidad para dirigir el establecimiento. Conocía de envidias y maquinaciones en su contra, y aunque se creía seguro, una cierta inquietud se apoderó de él. Necesitaba tiempo, poner su mente en orden y después decidir con inteligencia. La primera resolución ya la tenía tomada: despedir al conductor que, con sus faltas al deber, era el único responsable; pero en casos como este era necesario actuar con mucha cautela. ¿Debía despedirlo de inmediato o mantener el secreto hasta que el alcalde decidiera? ¿Qué hacer con el cuerpo del pasajero, si es que realmente estaba muerto, ocultarlo también? Conocía el caso del anterior jefe de estación que, después de descubrir una fuga, hizo un gran escándalo al capturar al hombre delante de todo el mundo y por eso cayó en desgracia; a aquel ni siquiera le tuvieron en cuenta que era uno de los viejos compañeros del alcalde. Cualquier incidente, por trivial que pareciera, podría transformarse en una complicada madeja de artimañas, y a él, hombre práctico y de acción, le resultaba complicado moverse entre tantas sutilezas.

—Vamos a verlo —dijo el jefe poniéndose de pie.

Juntos entraron en el ancho pasillo. El telegrafista ya había salido y sobre la mesa, cubierto con un paño, descansaba el equipo de transmisión. Se detuvieron un momento bajo el portón de la entrada; el viejo no estaba allí, andaba recostado a su escoba por la puerta del almacén donde los estibadores, entre risas y maldiciones, seguían descargando las mercancías. Luego caminaron hasta el coche.

El hombre continuaba embutido en el espacio entre los dos asientos. El jefe lo estuvo observando por un tiempo y se inclinó para tratar de verle el rostro, pero solo alcanzó a distinguir un trozo de perfil, el resto estaba aplastado contra el respaldo del banco.

—Sáquelo —ordenó el jefe de estación—. Acuéstelo sobre el pasillo.

El conductor titubeó un momento. De solo pensar en el contacto con la frialdad de la muerte se estremeció, pero no le quedaba otra alternativa. Asió el cadáver por los hombros y de un leve tirón intentó sacarlo. El cuerpo, comprimido en el pequeño espacio, se negó a salir. Buscó con la mirada la ayuda de su jefe, pero aquel observaba la maniobra con rostro impasible. Tiró de nuevo, esta vez más fuerte, y a riesgo de caerse sobre los bancos, logró destrabarlo. Luego, en un último esfuerzo, lo tendió sobre el pasillo. La mochila, desprendida de entre los brazos exánimes, fue a caer debajo de los asientos.

Pasó un tiempo en el que el jefe solo observaba el rostro del muchacho.

—Regístrele los bolsillos —ordenó al cabo—tal vez aparezca algo. El boletín.

Sobreponiéndose al vértigo, el conductor, se inclinó sobre el cuerpo y comenzó la tarea. Solo encontró, en uno de los bolsillos del pantalón, una vieja cartera de cuero con rebordes metálicos, dentro unos pocos billetes y el retrato de una mujer.

—¿Y el boletín? —preguntó del jefe.

—Quizá lo guardo en la mochila.

—¡Búsquelo!

Era una simple alforja con dos correas a modo de agarraderas, cerrada arriba con una trencilla que co-

rría entre los pliegues de la tela. La requisa no arrojó los resultados esperados: unas piezas de ropa muy gastadas y sobre todo libros, muchos libros.

Estuvieron largo tiempo en silencio, cada uno sumido en sus propias preocupaciones. Lejos se escuchaban las voces de los estibadores descargando el vagón.

—El boletín no está —dijo el jefe.

—No, señor.

—Eso quiere decir que usted no se lo vendió. Viajaba de polizón.

—No me lo explico.

—Yo tampoco.

—Señor... yo...

—Está en un grave problema. Grave, muy grave.

Otro silencio. El conductor respiraba con dificultad.

—Parece bien muerto, pero hace falta estar seguro —dijo el jefe de estación—. Vaya hasta casa del médico y tráigalo. No se detenga en ningún lugar, no hable con nadie, ni siquiera con él. Dígale que lo mando a buscar de urgencia, nada más. Vaya y regrese pronto.—Fijó sus ojos en los del conductor que lo miraba sin siquiera pestañear—. ¿Entendió?

—Sí, señor.